

La niña oyó la voz, sin saber de dónde venía y lo que menos esperaba es que le hablara un enanito, pero le dio el azúcar y el burrito echó a andar. Otro día se asomó a la ventana de una escuela y a un niño le dijo al oído los puntos cardinales.

Otra vez, desenredó a unos gusanos de seda que se habían atado cuando tejían sus capullos.

Juntapiés era muy observador y se pasaba largos ratos viendo a las hormigas salir y entrar de su cueva. Cuando se sentía cansado, buscaba alguna raíz de árbol donde apoyar su cuerpo y se entretenía oyendo el runrunear de la tierra que pisaban aquellos animalitos en movimiento constante. Salfan de su agujero relucientes, como vestidas para una fiesta y volvían cargadas de comida, con las patas arrugadas por el peso. A veces, entre varias arrastraban algún grano de trigo, o una piel de manzana. El les echaba migas de pan y se le subían hasta la cinta del pelo.

Un día que hacía mucho calor, se sentó a la sombra de un olmo y oyó cantar a cientos de pájaros, que se habían cobijado en sus hojas. El revoloteo de aquellas avecillas balanceaba las ramas del olmo y la cabeza de Juntapiés parecía un columpio viéndolas saltar y sus brazos paraguas abiertos, imitándolos a volar. —¡Si pudiera hacer lo mismo que ellos! —se decía— podría ir más lejos en menos tiempo.

Con ese pensamiento, cuando apareció la primavera y empezaron a llegar las golondrinas de países lejanos, se hizo amigo de una que tenía plumas blancas en las alas. Con ella viajó por primera vez una tarde cuando el sol se iba. Lo llevaba sujeto en el pico como a los polluelos. El aire le hacía cosquillas en la cara y los árboles le parecían que se juntaban con las casas. La tierra no era la misma; cambiaba de color. Juntapiés se sentía muy a gusto con aquella nueva forma de viajar, más rápida que a pie. La golondrina fue como un hada que le permitía disfrutar del deseo de aventura. Lo llevó por

muchos pueblos y con ella atravesó el mar.

—¡Cuánta agua! Este río es más grande que el que yo atravesé —dijo en voz alta.

La golondrina, que sabía lo que estaba disfrutando Juntapiés, le hacía vivir la emoción del vuelo tan a ras del mar que más de una vez tocó el agua con las botas. Luego, lo subía como una cometa. Pero llegó el otoño y, antes de que aparecieran las lluvias, la golondrina tenía que emigrar. Por eso, a toda prisa, lo llevó a un país que a ella le gustaba especialmente y allí se despidió de él.

Era un país donde el cielo brillaba como noche de verbena. Las estrellas parecían faroles colgados. Juntapiés se sentó en una piedra para verlas una a una y las perdía de cuenta. A las más grandes les puso nombre: Buholargo, Cintarrota, Chispirrisa. A la que estaba encima del ojo de la luna la llamó «Panimiel». Era transparente como una gota de agua y redonda como la nariz de un payaso. Estaba en el pico más alto del cielo. Juntapiés se hizo un cucurucho de cartón para mirarla. A veces, le hablaba y le parecía que «Panimiel» le contestaba porque parpadeaba como una vela encendida.

En las noches de luna llena, sacaba del saco un espejo y las enfocaba. Así las tenía a todas en la mano.

Una noche, Juntapiés se quedó dormido jugando con el espejo y soñó que se montaba en un caballito de papel y se iba con ellas. Subía atravesando el cielo, dejando a un lado la luna que lo miraba con la boca abierta.

—¡Qué hará por aquí este caballito? —debió pensar.

Juntapiés no se entretuvo a hablar con ella. Tenía prisa por ir más lejos. Cada vez estaba más dentro de aquel anillo de luz y su caballito tenía que ir despacio para no resbalar.

Entre tantas estrellas buscó a Panimiel y la encontró al final de un camino muy largo.

Se apeó del caballito y quiso abrazarla. Extendió los brazos y casi la tocaba con los dedos cuando un mosquito le picó en la oreja y... lo despertó.

Juntapiés ya no era enano. Su cuerpo se había estirado y le habían crecido los brazos y los pies.

En la piedra, como retrato olvidado, estaba el cascarón, el saco y el libro de la sabiduría.

Cada vez estaba más dentro de aquel anillo de luz y su caballito tenía que ir despacio para no resbalar.

saco un bocadillo y se puso a comer. Después, se quedó dormido.

Ni se sabe las horas que durmió. Al amanecer, cuando se despertó, como siempre echó a andar y atravesó el puente.

Seguro que aquellas tierras ya eran de otro reino, porque el río lo había llevado muy lejos, pero ya tendría tiempo de saberlo. Lo importante era otra cosa: era la emoción de lo desconocido.

Lo importante era otra cosa: era la emoción de lo desconocido.

Y con ese ánimo llegó al primer pueblo y se encontró con una niña que tiraba del ramal de un burrito cargado de paja que salía del granero. El burrito no quería andar. La niña tiraba y el animal sacudía la cabeza, pero no movía las patas. Se había quedado rígido como el tronco de un árbol.

Juntapiés que estaba viendo el esfuerzo de la niña, se acercó a ella y le dijo: —dale un terrón de azúcar.